



Las babas del cancerbero*

(Fragmento)

Por Heber Quijano

—Se murió mi mamá, se murió...

Eso fue lo que le dijo a Mauro por teléfono. Y como eran vecinos, se asomó a ver a la casa de enfrente. Todo igual que siempre. Menos una perrita, sucia y con el pelo como lija en la casa del Michel, sentada en la puerta como una gárgola. Por el tono de voz no podía ser una broma. No un tono de desahuciada confesión entrecortada por el llanto, sino un tono de resignación, miedo, angustia, desolación y, entrelíneas, el mismo dejo de con-un-carajo que el Michel siempre imprimía en sus palabras.

Estábamos en la secundaria. Nos enteramos hasta el lunes que volvió a la escuela con la misma cara inexpressiva de siempre, como si no hubiera pasado nada. Ninguno de nosotros supo qué decirle. Benito, “el Canelo”, trató de abrazarlo queriendo balbucear “carnal estamos contigo”, pero él lo detuvo antes de que cualquiera pudiera darse cuenta, con el cuerpo tenso como perro mostrando los dientes y listo para lanzar la tarascada y el brazo rígido para detener el infantil pésame. Pocos días antes habíamos bautizado a la clíca: “Creeps”. No sabíamos que la vida era mucho más que parodiar una película que hizo época en nuestro pequeño mundo del suburbio. Sin embargo, nos sentíamos



Ilustración: Héctor García

los suficientemente huevudos para hacérsela de pedo a los Diablos y a los Gusanos, que dominaban todo el barrio y dejaban marcadas las paredes con sus grafitis. A mis trece años, la neta, nunca me había peleado, pero tenía unas ganas tremendas de reventarle los dientes a cualquiera que me ignorara o me tomara por un niño. Hay una furia contenida en los débiles

que se convierte con el tiempo en un rencor que rechina los dientes.

A los pocos días, mientras jugábamos fútbol, el Michel y Mauro llegaron con una perra callejera toda sucia y con el pelo como estropajo, que según Mauro apareció de quién sabe dónde y no se le despegaba al Michel en ningún momento. La bautizamos como Hiena, por su color cloaca, entre

bromas que no le causaron el más mínimo agrado al Michel, ¡qué les pasa, se están burlando!

El Canelo salió al quite, No seas exagerado, Michel, pinche perro ras-cuache. Nadie sabía por qué Hiena comenzó a enrabiarse. “Es perra”, dijo y le sorrajó un puñetazo en la mera jeta. Jamás habíamos visto nunca al Michel tan encabronado, parecía desquiciado asestándole madrazos al Canelo, quien a estas alturas ya tenía la jeta llena de sangre y apenas le alcanzó a dar un codazo en el pecho para defenderse. Todos pensábamos que el Canelo era el más rifado de todos para el trompo. Incluso tenía la fama de que se le ponía al tiro al Tibu y al Pulpo, los vatos más pesado de la zona. Tirándolo al piso, el Michel, rabioso, babeando, se le encimó mientras la Hiena ladraba como si le estuvieran apuntando con un fogón. El diablo se le había metido al animal y sus fauces parecían sacadas del mismísimo infierno. Maldita perra daba un miedo del carajo.

Tratamos de separarlos, pero al menor movimiento la Hiena se abalanzaba como una fiera. ¡Ya estuvo, cabrón!, le grité al Michel, pero él, como si despertara de una pesadilla, tenía una cara de espanto que hubiera frikeado a cualquiera. Se puso blanco como si no pudiera respirar y miraba fijamente todas las reacciones de la Hiena, sus aullidos, sus colmillos asomados que parecían supurar una sangre inexplicable (¿se habría mordido ella misma?). Mientras todos cuidábamos que la perra no atacara al Canelo, se oyó un “para

que le vayas bajando y te cuadres” que cesó los aullidos. Michel se levantó, le dio la mano a Benito, pero no podía ni hablar. No quería. Parecía como si hubiera visto un fantasma y éste le jalara los pies hasta hundirlo en el pavimento ardiente del mediodía.

Michel asumió el papel del Paco, el Gallo negro, el de la película. Y nadie se opuso. La perra seguía dispuesta a proyectarse cual proyectil de furia sobre el primero que se moviera. Pero seguía asustado, sólo él sabe si por golpear a quien era su mejor amigo sin decir agua va, por descubrirse el líder de un hato de chamacos con el colmillo apenas asomándose o por la reacción de la perra. Mauro me dijo que la perra era en verdad un demonio.

Al día siguiente, cuando regresó, el Canelo todavía tenía el hocico floreado y un ojo morado. Le dije a mi mamá que me abarataron los Diablos por no querer darles mis tenis. Fue lo único que dijo. Michel lo recibió con un abrazo, Perdóname, carnal, pero la neta esa perra llegó a la casa el día que se murió mi mamá, y creo que me está cuidando. Y desde que se llevaron a mi mamá me siento solo, como si me hubiera sentado en medio del vacío. Siento que la Hiena es lo único

que me queda de ella... como si ella la hubiera mandado para cuidarme. Igual piensas que estoy loco, perdóname, carnal.

Se abrazaron concediéndose el perdón como buenos soldados. Pero todos los demás, al escuchar semejante idiotez, sentimos un ambiente pesado, quizá porque todos nos queríamos reír, pegar la carcajada, pero también era una risa de nervios. Quizá era cierto. Había una sensación de sacralidad en las palabras del Michel como si al decirlo pusiera el empeño de quien reza y jura a un santo. También había cambiado su actitud; antes dudoso y reflexivo, ahora el arrojo lo ponía kamikaze y suicida.

Mauro también había cambiado su cara de espanto por una de devoción que no entendíamos. Cuando el Michel revisaba las heridas del Canelo, nos jaló para un lado. Esa perra no se le separa al Michel, hablaba apresuradamente y volteaba de reojo a ver a la Hiena [...]

*Publicado en el último libro del autor: *La intuición del vacío*, TunAstral, Toluca, 2021.



Heber Quijano es doctorante en Estudios Literarios por la UAEMéx. Recibió el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada” 2006 y la Presea Metepec 2014. Ha publicado seis libros, así como ensayos de crítica literaria y cultural, artículos académicos y obras de divulgación, cuentos y poemas en medios nacionales e internacionales. Actualmente es columnista en *Criterio Noticias* de Uni Radio 99.7 y Capital Toluca en Lokura FM Toluca 89.3 y docente de la Facultad de Humanidades de la UAEMéx.